



SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE BOLLETTINO

HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
دار الصحافة التابعة للكرسى الرسولي BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ

N. met

Jueves 11.10.2018

Conferencia de prensa en vista de la canonización de los beatos Pablo VI y Óscar Arnulfo Romero y Galdámez

Esta tarde , a las 17:00 en la Oficina de Prensa de la Santa Sede ha habido una conferencia informativa sobre la canonización de los beatos Pablo VI y Óscar Arnulfo Romero y Galdámez, que tendrá lugar el domingo 14 de octubre.

Han intervenido el cardenal Giovanni Angelo Becciu, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, y S.E. el cardenal Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de San Salvador (El Salvador).
Publicamos a continuación la intervención del cardenal Giovanni Angelo Becciu.

Intervención de S.E. el cardenal Giovanni Angelo Becciu

Pablo VI será **canonizado** el 14 de octubre por nuestro Papa Francisco. Fue el papa del Concilio Vaticano II. Si Juan XXIII tuvo el coraje profético de abrir la gran asamblea ecuménica, Pablo VI tuvo la misión de guiarla, concluirla y hacerla entrar en la vida de la Iglesia y del mundo. Antes de su elección al Sumo Pontificado, Mons. Giovanni Battista Montini había sido el principal colaborador del Venerable Pío XII. Después estuvo muy cerca de Juan XXIII. Cuando se convirtió en Papa, fue precisamente él quien creó a los cardenales que serían sus sucesores: Albino Luciani, Karol Wojtyła y Joseph Ratzinger. Por lo tanto, la figura y la misión de Pablo VI deben considerarse en esta continuidad histórica de la tradición viva de la Iglesia.

Fallecido el 6 de agosto de 1978 en la fiesta de la Transfiguración del Señor, el Papa Montini fue un testigo heroico y brillante de Cristo, luz del mundo. Es precisamente este profundo y convencido **cristocentrismo** el que constituye el núcleo propulsor de su perfil espiritual y de su extraordinario magisterio. El amor de Jesús y de su Iglesia, por cuya renovación se comprometió más allá de sus fuerzas, se condujo *usque ad finem*. Desde esta perspectiva, entendemos su vida como un continuo camino de santidad, desde la infancia hasta el presbiterio, desde el compromiso en la Curia romana hasta la cátedra ambrosiana, desde la actividad pastoral hasta el Solio de Pedro.

Giovanni Battista Montini conoció personalmente **los grandes dramas del siglo XX**: las dos guerras mundiales, los sistemas totalitarios del fascismo, del nazismo y del comunismo, y luego la violencia extrema del terrorismo.

Pero tampoco faltaron las cuestiones espinosas dentro de la comunidad cristiana: los años del inmediato post-concilio fueron los más difíciles y dolorosos de su pontificado.

Pero en todos estos eventos, fue sostenido constantemente por ese Espíritu de Cristo que alimentaba su vida interior y sus innumerables y valientes **iniciativas**. Mencionamos algunas de las más evidentes: la reforma litúrgica, la internacionalización de la Curia romana con el establecimiento de nuevos dicasterios, la institución del Sínodo de los Obispos. Otra gran novedad son sus viajes apostólicos a las diferentes partes del mundo, al servicio de la evangelización y la paz. Desde un punto de vista doctrinal, su **magisterio** no se queda atrás. Debido a su inmediatez pastoral son particularmente originales sus audiencias generales de los miércoles (otra vez una iniciativa suya que será seguida por sus sucesores), que son una catequesis continua para el Pueblo de Dios. Sus enseñanzas iluminan muchos aspectos de la fe y de la existencia cristiana y brillan por el esfuerzo, a veces heroico, en la defensa de la verdad, la vida, la familia, la paz, la autenticidad del amor. Fiel al programa de su primera encíclica, *Ecclesiam suam*, Pablo VI fue continuamente el Papa **del diálogo con todos**: dentro de la Iglesia Católica, con los hermanos cristianos de otras Iglesias, con los no cristianos y no creyentes, y siempre con la pasión de la evangelización, para llevar a cada ser humano la luz de Cristo, el amor de Cristo.

Como síntesis y cumbre de todo su camino, notamos en Pablo VI, de una manera verdaderamente profética, la **gran línea de la caridad, sostenida y motivada por una fe viva y sólida**. A un sacerdote en Milán que le había preguntado qué era lo más importante para la formación de los seminaristas, respondió: "Educarlos para tratar a Jesús como el amigo del corazón; El sacerdote debe estar enamorado de Jesús". Y de este amor, vivido y atestiguado, fluye la gran dinámica que propone universalmente: *Cristo, Iglesia, Mundo*. Debemos amar a la Iglesia - decía el Papa Montini - en su realidad, *simil sancta et semper purificanda* (LG 8). Es la mayor "antinomia" que la caridad debe saber superar y resolver. El corazón de Pablo VI desbordaba en la expresión de la más pura espiritualidad del Consejo: una "reforma interna" de la Iglesia, completamente orientada hacia la santidad, que une oración y dogma, caridad y verdad, y que anima al Pueblo de Dios en la diversidad de las vocaciones, en el diálogo ecuménico, en su verdadera apertura al mundo para comunicar mejor la luz de Cristo. Toda la vida de Pablo VI estuvo animada por un gran amor al prójimo, como joven laico, luego como sacerdote, obispo y Papa. Es como un continuo crecimiento y dilatación de caridad hasta la caridad del Papa como Pastor Universal, Vicario de Cristo el Buen Pastor. Ejerció esta caridad en particular en Roma durante la Segunda Guerra Mundial, promoviendo la asistencia caritativa y la hospitalidad para aquellos perseguidos por el nazi-fascismo, de manera relevante para los judíos, y luego en su episcopado milanés. Como Papa, siempre estará comprometido con la justicia y la paz, en la dinámica del Evangelio.

Es muy famosa su frase, que se ha convertido casi en un proverbio: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio" (*Evangelii Nuntiandi*, 41). En efecto, esta frase precisamente parece ser la biografía más y excepcional maestro de fe en Dios y en el hombre.

Sacerdote **Francesco Spinelli**. Nacido en Milán el 14 de abril de 1853, vivió el período, tan difícil pero a la vez creativo, de la construcción de la nueva sociedad italiana, nacida después de la Unidad. En este contexto eclesial y social, sintió la urgencia de la formación del mundo femenino. Por eso, se dedicó con ahínco a favor de las niñas más indigentes e, intensificando su compromiso de servir a Cristo en los últimos de la sociedad, dio vida a escuelas, oratorios, asistencia a los enfermos, a los discapacitados, a los ancianos solos. En Roma tuvo la inspiración de dar vida a una comunidad de mujeres jóvenes que consagraron sus vidas al Señor presente en la Eucaristía: de esta manera, adquiría mayor consistencia y visibilidad la relación intrínseca que une el culto divino con el ejercicio de solidaridad del amor fraternal. En 1889, luego de una crisis económica a la que era completamente ajeno, se trasladó a la diócesis de Cremona. Terminó serenamente su jornada terrenal el 6 de febrero de 1913. Fue beatificado por Juan Pablo II en 1992.

Presbítero **Vincenzo Romano**. Nacido en Torre del Greco, cerca de Nápoles, el 3 de junio de 1751, recibió la

ordenación sacerdotal en 1775. Si, inmediatamente se volcó en su ministerio en un servicio constante a los últimos y al compromiso educativo de los niños y jóvenes, fue sobre todo la desastrosa erupción del Vesubio del 15 de junio de 1794 que lo vio protagonista del renacimiento material, espiritual y moral de su ciudad, de la cual se convirtió en párroco en 1799. En él se conjugaban la profundidad y el rigor en la búsqueda de la voluntad de Dios con una carga de caridad entusiasta que lo acompañó hasta los últimos días de su vida. Murió el 20 de diciembre de 1831. El Sumo Pontífice Pablo VI lo declaró beato en 1963.

Madre María Katharina Kasper. Nació el 26 de mayo de 1820 en Dernbach, un pequeño pueblo en Alemania. Fuerte y extrovertida, pasó su adolescencia trabajando en los campos e incluso picando piedras para la construcción de carreteras. En ella brilla la virtud de la esperanza, que la empujó a "mirar hacia adelante", venciendo la tentación de la mediocridad y emprendiendo el camino de la perfección evangélica. En su contexto, indudablemente necesitado, tomó la iniciativa de fundar un Instituto de monjas al servicio de las clases sociales más humildes: así, en 1845, nació el primer núcleo de las "Siervas Pobres de Jesucristo", dedicadas a la acogida y promoción de los pobres. Visitaba constantemente las casas, cada vez más numerosas, para conocer en persona los problemas y dificultades y llegaba por sorpresa, para que no le rindieran honores, viajando a pie y, a menudo, en condiciones precarias. La madre María Katharina, murió de infarto el 2 de febrero de 1898. El Sumo Pontífice Pablo VI la incluyó entre los beatos en 1978.

Madre Nazaria Ignacia de Santa Teresa de Jesús March Mesa. Nació en Madrid el 10 de enero de 1889; Pero, en 1905, su numerosa familia se trasladó a México. Y sin embargo, esta no era todavía la última meta de su camino. En efecto, si en México advirtió los signos de la vocación a la vida religiosa y entró al Instituto de las Hermanas de los Ancianos Abandonados, su campo de acción más importante será Bolivia, donde fue enviada en 1912. Aquí entró en contacto con una realidad de extrema pobreza y auténtica degradación. Nazaria Ignacia puso sus dones naturales y los talentos de la gracia al servicio de la promoción humana de ese ambiente y, en 1926, dio vida a la Congregación de las Hermanas Misioneras Cruzadas de la Iglesia, para el servicio de los pobres y la promoción de la mujer, para el anuncio de la Palabra de Dios y la formación religiosa de niños y adultos, también a través de las misiones, los ejercicios espirituales y la prensa. Su vida corrió grave peligro tanto en Bolivia como en España durante la guerra civil (1936-1939): de hecho, durante un período de tiempo había regresado a su país de origen. En 1942 desde España se fue a Buenos Aires, pero su estado de salud, ya preocupante, empeoró de repente. Murió el 6 de julio de 1943. El Sumo Pontífice Juan Pablo II celebró su beatificación en 1992.

Nunzio Sulprizio. Nacido el 13 de abril de 1817 en Pescosansonesco, en la provincia de Pescara, desde su niñez tuvo experiencia del dolor, y pronto quedó huérfano de ambos padres. Fue su abuela materna quien lo educó humana y cristianamente. Pero, poco después de la muerte de su abuela, Nunzio fue acogido en casa de su tío, Domenico Luciani, que no se preocupaba ni de su corta edad ni de su estado de salud, que, ya de por sí delicados se agravaron por causa del duro trabajo de herrero que le había impuesto. La tuberculosis ósea lo obligó a trasladarse a Nápoles, donde fue atendido por un oficial del ejército borbónico, el coronel Felice Wochinger; pero, poco después, tuvo que ser ingresado en el Hospital de los Incurables. Aquí finalmente recibió la tan deseada Primera Comunión. En un crescendo de fe, Nunzio participó en el misterio de la cruz de Cristo terminando su camino terrenal el 5 de mayo de 1836, a los diecinueve años. El Sumo Pontífice León XIII reconoció la naturaleza heroica de las virtudes en 1890, y lo propuso como modelo para los jóvenes. El 1 de diciembre de 1963, Pablo VI lo proclamó beato. El Sínodo de los Obispos, que en estos días está reflexionando sobre los problemas acuciantes del mundo juvenil, podrá descubrir en él las líneas de un camino siempre actual.